

Aisha, esposa del Profeta

El Islam en femenino

Asma Lamrabet



Texto que aborda en profundidad el papel de la mujer musulmana en diversos ámbitos: intelectual, espiritual, social y político.

Para quien sólo conoce el islam a través de sus expresiones históricas más recientes —países de mayoría musulmana que han sufrido la colonización durante la época moderna— la lectura de este volumen puede suponer todo un descubrimiento ya que, frente a la imagen distorsionada de un islam patriarcal y misógino, aparece con nitidez la naturaleza igualitaria del islam de los primeros tiempos.

BISMIL-LÂHI R-RAHMANI R-RAHÎM

PREÁMBULO

LA MAYORÍA de los musulmanes conocen a Aisha, la mujer del Profeta del islam. Desgraciadamente se trata de ese conocimiento superficial, borroso y abstracto, tan característico de nuestro tiempo. Incluso entre los musulmanes comprometidos, fervientes defensores de esta religión mal o demasiado amada, se advierte una ignorancia profunda, muy inquietante, de las personalidades históricas del islam.

Las aportaciones de estos seres humanos sobresalientes, sus contribuciones y sus luchas, se consideran habitualmente como fenómenos extraordinarios, excepcionales y milagrosos. Esta lectura fabulosa de la historia del hecho religioso acaba siendo poco atractiva, pues interpreta los grandes acontecimientos y a sus respectivos actores mediante imágenes bastante irreales, asépticas y, de tal manera intocables, que nos impiden deducir aquello que es esencial para nuestra práctica religiosa, a saber: el modelo, el ejemplo, el camino.

Los Compañeros del Profeta, hombres y mujeres, grandes eruditos, sabios y místicos —sobre todo los de la primera generación, que fueron quienes fundamentaron la historia del islam— son percibidos no como modelos sobre los cuales meditar para lograr una mejor comprensión de los problemas actuales, sino más bien como seres intemporales, inaccesibles por hallarse tan cercanos a la perfección.

Quizás por un exceso de complejos abrimos un abismo infranqueable entre nosotros, musulmanes imperfectos encerrados en la vulgaridad de lo cotidiano, y estos modelos

venerados. A fuerza de idealizar estos ejemplos terminamos por justificar lo injustificable —nuestras desviaciones, nuestra pereza y nuestra ignorancia— hasta creer, finalmente, que estos seres de otro tiempo eran sobrehumanos.

Paralelamente, el islam no cesa de recordarnos que Dios es Único, Creador de los Cielos, de la Tierra y de todos los seres y que para nosotros los musulmanes el único modelo de perfección es el de nuestro Profeta bienamado.

Los Compañeros del Profeta, hombres y mujeres, merecen, ciertamente, ser amados, respetados, reverenciados, pero sin olvidar jamás que su ejemplaridad reside precisamente en su humanidad. Con sus defectos y cualidades, con sus errores y aciertos, nos legaron los testimonios inagotables de sus vidas, al mismo tiempo tan humanas como cercanas a Dios. Sus vidas cotidianas, sus debilidades y sus luchas estaban constantemente alimentadas por una fe profunda, exigente y continuamente actualizada.

Siempre que, conmovida por mis lecturas de la historia de Aisha, comunicaba mis «descubrimientos» a intelectuales musulmanas, éstas reaccionaban de manera contradictoria. Algunas permanecían frías como el mármol ante el entusiasmo provocado por una personalidad islámica ciertamente notable pero aparentemente alejada de la problemática de las mujeres musulmanas contemporáneas. Más aún, según sus puntos de vista, Aisha era la esposa del Profeta y, por lo tanto, estaba por encima del común de las gentes y no podía ser tomada como ejemplo por otras mujeres, simples criaturas humanas.

Esta justificación aparecía continuamente para excusar nuestra ignorancia y nuestra actitud derrotista. En estas circunstancias, llegaban rápidamente a una conclusión: busquemos en otra parte ejemplos de mujeres actuales, como nosotras, que puedan solucionar nuestros problemas concretos y reales, los de todos los días. Un contexto en el que Aisha sólo puede ser percibida como irreal, parte de la utopía y de la irracionalidad.

Para ser realistas y racionales hemos de constatar que nuestra identidad musulmana es fruto de la visión que tenemos de nuestra propia historia, profundamente esquizofrénica.

Otra categoría de mujeres se quedaban con la boca abierta ante las «hazañas» de una mujer musulmana de la primera generación del islam. Desde luego, todas sabían más o menos que Aisha tenía una fuerte personalidad pero que permanecía en los límites de «*lo permitido*» a una mujer. Para un buen número de musulmanas, lo permitido es ocuparse de las cuestiones limitadas al campo de «*lo rigurosamente femenino*». Dicho de otra manera, Aisha ciertamente transmitió los *hadices* del Profeta en lo que se refiere a la vida familiar y conyugal, cómo hacer las abluciones y cómo se comporta una buena esposa. En pocas palabras, todo aquello que integra el código de la buena musulmana a quien se le ha prescrito que su inteligencia debe estar circunscrita al espacio familiar para servir a un esposo que Dios puso en un pedestal inamovible.

El postulado que afirma que una buena musulmana es una mujer sumisa y obediente a su esposo ¿no es una de las verdades más expandidas en el mundo musulmán? No es difícil comprobar que incluso los musulmanes más alejados de la religión se complacen en repetir los versos que aluden a este derecho de superioridad. Por cierto, son los únicos versos que conocen de su repertorio religioso.

Cuando alguien se aventura haciendo otra lectura de la historia musulmana, particularmente a través de ejemplos como el de Aisha, se percibe en la mirada de esta segunda categoría de mujeres una chispa de orgullo que a nadie se le escapa. Algunas se regocijan en virtud de que aquello que reivindicaban en la intimidad se confirma públicamente con la historia de mujeres como Aisha.

Finalmente, el islam que simboliza Aisha alegra y conforta a aquellas de nuestras mujeres que buscan ser valoradas. Descubren así que no está tan mal ser mujer en el is-

lam, aprendiendo a desarrollarse en esta nueva piel de «*mujer inteligente*», a reivindicar nuestros derechos en nombre del islam y por el islam.

Pero no todas las mujeres se muestran tan entusiasmadas. Aún cuando se sientan muy halagadas, algunas permanecen escépticas en cuanto a la veracidad de los hechos que se relatan. Una mujer de la epopeya inicial, inteligente, sabia, jurista y política es demasiado para una memoria femenina que ha sido acostumbrada al silencio perpetuo. No es fácil remover estas ideas estereotipadas e infantiles de la mujer musulmana.

Muchas de estas mujeres aún no están preparadas para este tipo de lucha que, sin embargo, es necesaria tanto en nuestro presente como para nuestro futuro. Se trata de un problema de toma de conciencia pero, sobre todo, de autoestima y autovaloración.

Efectivamente, hoy el principal problema de las mujeres musulmanas es la autoestima. Sólo una revisión del enfoque histórico de musulmanas como Aisha puede elevar el nivel de autoestima indispensable para cumplir como mujeres plenamente comprometidas con la renovación del islam.

La humillación y la frustración siempre han alimentado la conciencia islámica de la mujer. Muchas musulmanas justificarán su desconfianza con respecto al islam por el desprecio institucionalizado hacia la mujer. Serán muchas otras las que se alejen, las que se liberen.

Otras mujeres, en número considerable, regresarán a la fuente con mucha esperanza, aunque con el corazón repleto de decepciones y represiones. Tan bien con Dios y tan mal con los seres que les rodean, en particular con sus hermanos en la religión, así que finalmente sólo tendrán como único refugio una fe pasiva. Renunciarán y terminarán aceptando una situación que es para ellas un hecho consumado. Se someten al interés general y abdican, ya que se confunde la sumisión al Creador con la sumisión a otros seres hu-

manos y los principios religiosos con los principios consuetudinarios.

Queda mucho por hacer. No faltan voluntades. Desde luego que la contribución de este libro es sólo un grano de arena para inducir a una eventual toma de conciencia y, por qué no, para aportar «*una brizna de autoestima*» femenina. El mensaje está destinado, en primer lugar, a todas las musulmanas, pero también a los musulmanes. Corresponde a los intelectuales musulmanes, hombres y mujeres, comprometidos o no, contribuir a una lectura contemporánea de nuestra relación con lo religioso: Hacer juntos, hombres y mujeres, una relectura de nuestra gran historia para poder vivir en paz nuestra fe, nuestra espiritualidad y nuestro quehacer cotidiano.

Imperativamente, la renovación del islam pasa por la participación de las mujeres musulmanas en los proyectos reformadores y en la reapropiación del debate religioso. No se puede hacer sin ellas. *Insha Allah*.

INTRODUCCIÓN

ENTRE las críticas más acerbas y frecuentes que se hacen al islam y a los musulmanes, la más extendida, la más mediaticizada y, a distintos niveles, la más constatada, es aquella que se refiere a la situación de la mujer en las sociedades de mayoría musulmana. Como bien dijo el gran pensador Jacques Berque, «*el islam sorprendió y aún sorprende a los observadores externos por su masculinidad*»^[1]. Es cierto que el mundo musulmán es un mundo de hombres. Desde hace mucho, mucho tiempo, todas las funciones religiosas en el islam son llevadas a cabo por los varones: los *ulemas*, los jueces, los *imanes*, los exégetas, los teólogos, los *muftis*...

En nuestras sociedades contemporáneas el paisaje no ha cambiado y el liderazgo islámico —sea éste religioso, político o de otra naturaleza— sigue siendo esencialmente masculino. Incluso nuestros pensadores modernos, reformistas e intelectuales musulmanes son invariablemente hombres. La renovación del islam de la que tanto se habla hoy en día, incluidas todas las tendencias, tiene una connotación muy «*masculina*» incluso si, paradójicamente, son muchas más las mujeres que se comprometen en este ejercicio.

Por cierto, las mujeres se comprometen masivamente en el retorno a lo religioso, pero lo hacen por la puerta de atrás, sobre la punta de los pies, con una discreción muy habitual. Es que lo «*femenino*» en el islam es casi tabú.

Con el fin de ilustrar lo anterior, el informe del PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) del mes de julio de 2002, proporciona una durísima evaluación de las sociedades arabo-musulmanas. Sin embargo, la conclusión más dramática es la que se refiere a las mujeres, quienes están «*reprimidas y oprimidas en todas las esferas de la vida activa con un 50 % de analfabetismo entre otros problemas*». Estos hechos comprobados y consolidados por una propaganda mediática evidente acusan, por deducción simplista y primaria, al hecho islámico.

El quehacer cotidiano de los musulmanes en todo el mundo es una ilustración perfecta de esta deducción, puesto que legitiman su conducta en el hecho religioso. ¿Acaso sería necesario recordar que actualmente todo se explica por el simple hecho de pronunciar la palabra *islam*, término tan mágico y saludable para cualquier tipo de lectura demagógica? La violencia, el terrorismo, el subdesarrollo, el analfabetismo, la opresión de las mujeres musulmanas.

Se trata de un enfoque parcial reservado exclusivamente al mundo islámico donde absolutamente todo será explicado en función de lo religioso. Esta visión etnocéntrica se podría ilustrar, por ejemplo, diciendo que si en España cada semana muere una mujer a causa de la violencia conyugal, la explicación se encuentra en la alta tasa de desempleo femenino que propicia los abusos domésticos. Esta es una explicación incongruente y sin embargo es la que propone el muy serio Partido Socialista Obrero Español^[2]. En caso de que se pudiera constatar esta misma violencia conyugal en el Magreb tendría como fundamento, no la dependencia económica como en el ejemplo español, sino las injusticias de la religión islámica. Es una lógica particular, pero tan evidente...

De hecho, resulta innegable la constatación de una discriminación profunda y real de las mujeres musulmanas, algunas veces de forma abrumadora. Pero suponer que esto sea inherente al mensaje del islam es indudablemente fal-

so. Se confunde la esencia de una verdad religiosa y espiritual con las formas culturales y los modos tradicionales. Sin embargo, responder a tales alegatos con argumentos teóricos simplistas como aquellos que afirman que *«el islam otorga a la mujer todos los derechos y basta con leer el Corán para verificarlo»*, sigue siendo muy insuficiente aún siendo cierto.

Esta *«masculinidad»* del islam de la que hablaba el difunto Jacques Berque no se debe solamente al hecho cultural y a tradiciones ajenas al islam, responde también a ciertas lecturas de los textos establecidas por los hombres, quienes han legitimado durante toda la historia musulmana, voluntariamente o no, las desigualdades entre los sexos. Desigualdad mantenida y asumida socialmente desde hace mucho tiempo hasta nuestros días y, lo que es peor, justificada en nombre de lo religioso. En ninguna parte del Texto Sagrado existe una formulación que permita cualquier forma de discriminación. En efecto, una lectura inteligente y estructurada del Corán nos revela un mensaje profundamente igualitario entre hombres y mujeres, a quienes Dios quiso diferentes por sus funciones biológicas pero iguales en todos los ámbitos de su humanidad. Iguales, en este bajo mundo, en el Más Allá y ante el Creador.

«¡Oh gentes! Ciertamente, os hemos creado a todos de varón y hembra, y os hemos hecho naciones y tribus, para que os reconozcáis unos a otros. Realmente, el más noble de vosotros ante Dios es aquel que es más profundamente consciente de Él. Ciertamente, Dios es omnisciente, consciente de todo».

(CORÁN 49/13).

Entre estos hombres y mujeres los mejores son los más piadosos, es decir, aquellos que viven con el recuerdo constante de la Presencia Divina, fieles a Su Mensaje. Y ser fiel al Corán es recordar que la humanidad del hombre y de

la mujer se realiza en el marco de su relación igualitaria y que, si hay sometimiento, es un sometimiento mutuo a Dios.

Otro versículo coránico ilustra esta dimensión igualitaria cuando Dios declara que las creyentes y los creyentes son compañeros solidarios unos de otros y se ayudan mutuamente en la incitación al bien y la prohibición del mal:

«Y los creyentes y las creyentes están próximos unos de otros: [todos] ellos ordenan la conducta recta y prohíben la conducta inmoral, son constantes en la oración, pagan el impuesto de purificación y obedecen a Dios y a Su Enviado. Sobre esos derramará Dios Su misericordia: en verdad, Dios es todopoderoso, sabio».

(CORÁN 9/71).

Sería suficiente sólo este versículo para establecer el sentido coránico de la igualdad entre mujeres y hombres. La expresión *«próximos unos de otros»*, es profunda y bella puesto que personifica la igualdad en la ayuda, la protección y la participación mutuas.

Una lectura de la Tradición del Profeta y de su vida apoya e ilustra esta visión igualitaria de mujeres y hombres, ya que el mismo Mensajero, en su comportamiento, en su vida cotidiana y en su enseñanza no tenía sino consideración, atención y respeto hacia todas las mujeres.

El Profeta decía: *«Sin duda, las mujeres son iguales al hombre, aquel que las honre es honorable y aquel que las desprecie es despreciable»*^[3].

En un *hadiz* muy conocido, el Profeta explicaba que lo que más había amado en la vida eran los perfumes y las mujeres, mientras que la oración le era tan preciada como las pupilas de sus ojos. Continuamente, los propios musulmanes interpretan mal este *hadiz* ya que no llegan a concebir que se pueda amar y apreciar a las mujeres en otro sen-

tido que aquel fundado en los pensamientos ocultos y en los sobrentendidos.

El Profeta amaba a las mujeres y lo expresaba abiertamente para atenuar el comportamiento duro y áspero de los hombres de aquella época. Mostraba dulzura y afecto por sus hijas, especialmente hacia Fátima Zahra, su ser más querido. Cuando ésta llegaba él se levantaba, iba a su encuentro y la besaba. Era atento con todas las mujeres, era cortés y se apresuraba a servir las prodigándose en atenciones hacia ellas. Es lo que, hoy en día, llamaríamos un ser con facilidad para la galantería.

Gracias a esta actitud respetuosa del Profeta hacia la mujer, paralela a la fe engendrada por la Revelación Divina, se produjo el hecho de que las mujeres fuesen las primeras en identificarse con el mensaje del islam y sacrificarse por él. La ilustración más hermosa de esto la evidencia el hecho de que la primera persona convertida al islam fuese Jadiya, la primera esposa del Mensajero, y que la primera persona en morir por el islam también fuese una mujer: Sumaya bint Yasir, dos mujeres cuyo nombre resuena a través de los siglos.

¿Cuántas fueron las mujeres Compañeras del Profeta — *sahabiyyat*, femenino de *sahaba* (compañeros)— en ser las primeras en comprometerse, educarse y aprender a su lado? ¿Cuántas de ellas le ayudaron, apoyaron y soportaron con él las etapas más dolorosas de la difusión del Mensaje? [4].

Resulta sorprendente comprobar cómo la historiografía islámica se muestra inagotable en cuanto a las aportaciones de los Compañeros (*sahaba*) y se muestra, en cambio, tan discreta, por no decir muda, sobre las Compañeras (*sahabiyyat*) del Mensajero. Si algún historiador se complace en citar a diestra y siniestra a los diez Compañeros predestinados al Paraíso (*mubasharin bil Yanna*), desgraciada y habitualmente olvida que también existieron veinte mujeres predestinadas al Paraíso (*mubasharat bil Yanna*).

Para reparar este olvido sería suficiente con regresar al segundo acto de fidelidad al Profeta (*Bay'at al aqaba*) que es, de hecho, un acontecimiento histórico insólito para la época puesto que se trataba de la primera participación política de las mujeres: mujeres que, al igual que los hombres, quisieron traducir su sometimiento al islam con este tratado de alianza política con el Mensajero.

Sería necesario destacar la importancia de dicha iniciativa, en el contexto árabe-beduino, porque se hace participar a la mujer desde el inicio de la edificación de la primera ciudad musulmana. Educadas en la pedagogía igualitaria del Profeta, integradas en aquel naciente espacio público islámico, las mujeres musulmanas contribuirán, durante y después de la vida del Profeta, a la edificación de las ciencias religiosas, erigiéndose en guardianas inveteradas de la Tradición Profética. Una Tradición (*Sunnah*) que es la segunda fuente original del islam, y que desde aquella época y hasta el siglo VIII de la hégira —630 de la era cristiana— fue memorizada, transmitida y narrada exclusivamente por mujeres^[5].

Muchos y prestigiosos eruditos de épocas posteriores han dado testimonio en sus diferentes obras de la mayor fiabilidad de las mujeres en comparación con la de los hombres, en cuanto a la narración de los *hadices*^[6]. ¿Cuántos de estos sabios fueron discípulos de las numerosas mujeres eruditas de aquellos siglos?^[7] Varios *ulemas* han reunido en decenas de volúmenes las narraciones y testimonios de mujeres célebres (*sahabiyyat*) o de aquellas que les siguieron, reconociendo su papel en la transmisión de los *hadices* y de las ciencias religiosas^[8].

Podemos constatar, desgraciadamente, que esta aportación del *islam femenino* ha sido frecuentemente silenciada. Las fuentes históricas permanecen mudas a propósito de las contribuciones femeninas que han iluminado, en todos

los ámbitos, la civilización islámica a través de los siglos. Citaré solamente algunos ejemplos.

La primera universidad construida en tierras del islam, Al Qarawiyyin, en Fes, a mediados del siglo IX, fue obra de una mujer de quien los musulmanes han oído hablar muy poco. Esta universidad es considerada como la más antigua del mundo musulmán, pero se saben muy pocas cosas sobre su fundadora.

También la universidad de al-Azhar, en Egipto, de renombre universal y centro religioso por excelencia, fue construida por una mujer llamada Al-Janzidara. La historia nos narra que construyó la mencionada universidad, una mezquita, un orfelinato y un hospital, pero ¿Quién fue esta mujer que hizo construir esta facultad de ciencias religiosas de la que han salido innumerables generaciones de sabios musulmanes, en general hombres? Nadie podría decirlo. Las fuentes de la historiografía islámica se muestran de acuerdo en silenciar los nombres de estas mujeres y de sus contribuciones...[9].

He aquí el ejemplo de dos mujeres que estuvieron en el origen de dos de las universidades religiosas de mayor prestigio en el mundo islámico y que siguen siendo unas ilustres desconocidas para muchas generaciones de musulmanes. ¡El colmo de la historia es que estas mismas universidades han estado prohibidas durante mucho tiempo para las musulmanas!

Aisha al-Hurra es el nombre de otra de estas musulmanas perdidas en la memoria y en el olvido. Es más conocida con el nombre de Umm Buabdil, madre del último rey nazarí. Jugó un papel destacado en los acontecimientos históricos de la caída de Granada hacia fines del siglo XV. Sin embargo, no existe huella alguna de esta mujer en los libros islámicos. Por el contrario, documentos históricos de origen español mencionan su nombre y la describen como una lí-